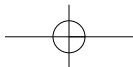
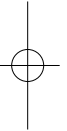
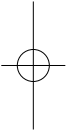


PRIMERA PARTE

Bueno en la cama



1

—¿Lo has visto? —preguntó Samantha.

Me acerqué más al ordenador para que mi directora no se enterara de que era una llamada personal.

—¿Visto qué?

—Oh, nada. Da igual. Ya hablaremos cuando llegues a casa.

—¿Visto qué? —pregunté de nuevo.

—Nada —repitió Samantha.

—Samantha, nunca me has llamado por nada en pleno día. Venga, escupe.

Samantha suspiró.

—De acuerdo, pero recuerda: no dispaes al mensajero. Ahora ya estaba empezando a preocuparme.

—*Moxie*. El último número. Tienes que ir a comprarlo ahora mismo, *Cannie*.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Han descubiert que soy una hortera?

—Baja al vestíbulo y cómpralo. Esperaré.

Esto era importante. Samantha, además de mi mejor amiga, era socia de Lewis, Dommel y Fenick. Hacía esperar a la gente, o su ayudante les decía que estaba reunida. Samantha no esperaba. «Es una señal de debilidad», me había dicho. Noté que una punzada de angustia recorría mi espina dorsal.

Bajé en ascensor al vestíbulo del *Philadelphia Examiner*, saludé al guardia de seguridad y me acerqué al pequeño quiosco, donde encontré *Moxie* al lado de sus publicaciones hermanas, *Cosmo*, *Glamour* y *Mademoiselle*. Era difícil no verla, con la supermodelo en lentejuelas bajo un titular que proclamaba «Córrete otra vez: ¡cómo llegar al multiorgasmo con facilidad!» y «¡Ano-tástico! ¡Cuatro Butt Blasters¹ para ponerte el trasero en forma!» Tras un rápido minuto de deliberación, agarré una bolsita de chokolatinas M&M, pagué y volví arriba.

Samantha continuaba esperando.

—Página ciento treinta y dos —dijo.

Me senté, me metí unas cuantas M&M en la boca y busqué la página 132, que resultó ser «Bueno en la cama», el artículo habitual de *Moxie* escrito por un hombre, destinado a ayudar a la lectora media a comprender qué estaba tramando su novio..., o qué no estaba tramando, según el caso. Al principio, mis ojos no extrajeron ningún sentido de las letras. Por fin, descifré el mensaje. «Querer a una mujer rolliza —rezaba el titular—, por Bruce Guberman.» Bruce Guberman había sido mi novio durante algo más de tres años, hasta que decidimos tomarnos un descanso hacía tres meses. Y sólo cabía suponer que la mujer rolliza era yo.

¿Sabéis cuando en las novelas de miedo un personaje dice: «Sentí que mi corazón dejaba de latir»? Bien, pues eso fue lo que me pasó. De veras. Después, sentí que empezaba a latir de nuevo, en mis muñecas, en mi garganta, en las yemas de mis dedos. Se me erizó el vello de la nuca. Sentí las manos heladas. Oí la sangre rugir en mis oídos, y leí la pri-

1. Aparato gimnástico para tonificar los glúteos. (*N. del T.*)

mera línea del artículo: «Nunca olvidaré el día en que descubrí que mi novia pesaba más que yo».

La voz de Samantha sonó como si llegara de muy lejos.

—¿Cannie? ¿Estás ahí, Cannie?

—¡Lo mataré! —dije con voz estrangulada.

—Respira hondo —aconsejó Samantha—. Inhala por la nariz y expulsa por la boca.

Betsy, mi directora, echó una mirada de perplejidad desde la mampara que separaba nuestras mesas. Con la boca, formó las palabras «¿Te encuentras bien?» Cerré los ojos con fuerza. De alguna manera, mis auriculares habían aterrizado en la alfombra.

—¡Respira! —oí que decía Samantha, su voz como un diminuto eco surgido del suelo.

Yo respiraba con dificultad y jadeaba. Noté chocolate y pedacitos de caramelo entre los dientes. Vi la cita que habían destacado, en negrita rosa, que gritaba desde el centro de la página. «Querer a una mujer rolliza —había escrito Bruce— es un acto de valentía en nuestro mundo.»

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo creer que haya hecho esto! ¡Lo mataré!

Betsy ya se había acercado a mi escritorio y estaba tratando de echar un vistazo por encima de mi hombro a la revista posada sobre mi regazo, y Gabby, mi malvada compañera de trabajo, nos estaba observando, mientras sus pequeños ojos castaños buscaban indicios de problemas, los gruesos dedos suspendidos sobre el teclado con el propósito de enviar por correo electrónico al instante la mala noticia a sus amigas. Cerré la revista de un manotazo. Aspiré una triunfal bocanada de aire e indiqué a Betsy con un ademán que volviera a su asiento.

Samantha estaba esperando.

—¿No lo sabías?

—¿No sabía qué? ¿Que él pensaba que salir conmigo era un acto de valentía? —Forcé un resoplido sarcástico—. Debería intentar ponerse en *mi* lugar.

—¿No sabías que había conseguido trabajo en *Mo-xie*?

Volví al principio, donde había la lista de colaboradores con un breve resumen de sus antecedentes, bajo artísticas fotos en blanco y negro, y allí estaba Bruce, con el pelo largo hasta los hombros, agitado por lo que debía ser viento artificial. Se parecía a Yanni, ese músico «New Age», fue mi pensamiento poco misericordioso. «El columnista de “Bueno en la cama”, Bruce Guberman, se une a nuestro equipo este mes. Escritor *freelance* de Nueva Jersey, Guberman está trabajando en su primera novela.»

—¿Su primera *novela*? —dije. Bueno, chillé. Varias cabezas se volvieron. Por encima de la mampara, Betsy parecía preocupada de nuevo, y Gabby se había puesto a teclear—. ¡Ese saco de mierda mentiroso!

—No sabía que estaba escribiendo una novela —dijo Samantha, sin duda desesperada por cambiar de tema.

—Apenas sabe escribir una nota de agradecimiento —dije, mientras volvía a la página 132.

«Nunca he considerado que fuera un adicto a las obesitas —leí—, pero cuando conocí a C., me prendé de su ingenio, de su risa, de sus ojos brillantes. En cuanto a su cuerpo, decidí que aprendería a vivir con él.»

—¡LO MATARÉ!

—Pues mátalos ya y calla —masculló Gabby, al tiempo que se enderezaba sus gafas de gruesos cristales.

Betsy se había levantado de nuevo, y mis manos estaban temblando, y de repente las chokolatinas se habían desparra­ mado sobre el suelo y crujían bajo las ruedecillas de mi silla.

—He de irme —dije a Samantha, y colgué—. Estoy bien —informé a Betsy. Me dirigió una mirada de preocupa­ ción, y luego retrocedió.

Me costó tres intentos marcar bien el número de Bru­ ce, y cuando su buzón de voz me informó con toda calma de que no podía contestar a mi llamada, perdí los nervios, colgué y llamé a Samantha.

—Bueno en la cama, y una mierda —dije—. Tendría que llamar a su director. Es propaganda falaz. Quiero decir, ¿comprobaron sus referencias? Nadie me llamó.

—Es la ira la que habla —dijo Samantha. Desde que em­ pezó a salir con su profesor de yoga, se ha vuelto muy filosófica.

—¿Adicto a las obesitas? —dije. Sentí que las lágrimas se agolpaban detrás de mis párpados—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—¿Has leído todo el artículo?

—Sólo la primera frase.

—Tal vez será mejor que no sigas leyendo.

—¿Va a peor?

Samantha suspiró.

—¿De veras quieres saberlo?

—No. Sí. No. —Esperé. Samantha esperó—. Sí. Dímelo.

Samantha volvió a suspirar.

—Te llama... lewynskiana.

—¿En relación con mi cuerpo o con mis mamadas?

Intenté reír, pero sólo me salió un sollozo estrangulado.

—Y se explica sobre tu... A ver si lo encuentro... Tu «amplitud».

—Oh, Dios.

—Dice que eras suculenta —intentó cooperar Samantha—. Y jugosa. No está mal la palabra, ¿verdad?

—Dios, en todo el tiempo que salimos, nunca dijo nada...

—Lo dejaste plantado. Está enfadado contigo —dijo Samantha.

—¡Yo no lo planté! —grité—. ¡Sólo quería que nos tomáramos un tiempo para pensar! ¡Y él admitió que era una buena idea!

—Bien, ¿qué iba a hacer? —preguntó Samantha—. Tú dices, «creo que necesitamos estar separados un tiempo», y o bien te da la razón y se marcha con los restos de dignidad que le quedan, o te suplica que no lo dejes, lo cual es patético. Eligió la dignidad.

Me pasé las manos por mi cabello castaño largo hasta la barbilla y traté de calibrar la enormidad de la devastación. ¿Quién más había visto esto? ¿Quién más sabía que C. era yo? ¿Se lo habría enseñado a todos sus amigos? ¿Lo había visto mi hermana? ¿Y mi madre, Dios no lo quisiera?

—He de irme —dije otra vez a Samantha. Dejé mis auriculares y me levanté, al tiempo que inspeccionaba la sala de redacción del *Philadelphia Examiner*: docenas de personas, la mayoría de edad madura, la mayoría blancas, tecleando en sus ordenadores o congregadas alrededor de los televisores para ver la CNN.

»¿Alguien sabe algo sobre la venta de armas en este Estado? —pregunté a la sala.

—Estamos trabajando en una serie —dijo Larry, el director de noticias locales, un hombre menudo con barba y de aspecto perplejo que se lo tomaba todo en serio—. Pero creo que las leyes son muy permisivas.

—Hay un período de espera de dos semanas —dijo un reportero de deportes.

—Sólo si eres menor de veinticinco años —añadió un subdirector.

—Te confundes con el alquiler de coches —dijo con desdén el tío de deportes.

—Enseguida estamos contigo, Cannie —dijo Larry—. ¿Tienes prisa?

—Más o menos. —Me senté, y volví a levantarme—. En Pennsylvania rige la pena de muerte, ¿verdad?

—Estamos trabajando en una serie —dijo Larry sin sonreír.

—Da igual —dije, me senté de nuevo y llamé a Samantha por segunda vez.

»¿Sabes una cosa? No voy a matarlo. La muerte es demasiado buena para él.

—Como quieras —dijo con lealtad Samantha.

—¿Me acompañas esta noche? Le prepararemos una emboscada en su aparcamiento.

—¿Para hacer qué?

—Lo decidiré entre ahora y entonces —contesté.

Había conocido a Bruce Guberman en una fiesta, en lo que se me antojó una escena de la vida de otra persona. Nunca había conocido a un tío en una reunión social que se encaprichara tanto de mí, hasta el punto de pedirme una cita en el acto. Mi *modus operandi* habitual es minar su resistencia con mi ingenio, mi encanto y, por lo general, una cena casera a base de pollo con ajo y romero como plato estrella. Con Bruce no hizo falta el pollo. Bruce fue fácil.

Estaba apostada en la esquina de la sala de estar, desde donde gozaba de una buena vista de la habitación, además de fácil acceso a la crema de alcachofa caliente. Estaba efectuando la mejor imitación de la compañera de vida de mi madre, Tanya, intentando comer una pata de cangrejo rey de Alaska con el brazo en cabestrillo. De este modo, la primera vez que vi a Bruce yo tenía un brazo apretado contra el pecho, como en cabestrillo, la boca abierta de par en par y el cuello torcido en un ángulo grotesco, mientras intentaba chupar la carne imaginaria de la pata imaginaria. Estaba llegando al punto en que me metía sin querer la pata en la fosa nasal derecha, y creo que hasta tal vez tenía un poco de crema de alcachofa en la mejilla, cuando Bruce se acercó. Era alto, y bronceado, con perilla y una coleta rubia, y dulces ojos castaños.

—Este, perdona —dijo—, ¿te encuentras bien?

Enarqué las cejas.

—Estupendamente.

—Es que parecías un poco...

Su voz (una bonita voz, aunque algo aguda) enmudeció.

—¿Rara?

—Una vez vi a alguien sufrir un ataque —me dijo—.

Empezó así.

A estas alturas, mi amiga Brianna ya se había recuperado. Mientras se secaba los ojos, tomó su mano.

—Bruce, te presento a Cannie —dijo—. Cannie estaba haciendo una imitación.

—Oh —dijo Bruce, sin moverse. Debía sentirse como un idiota.

—No te preocupes —dije—. Hiciste bien en detenerme. Comenzaba a ser irrespetuosa.

—Oh —repitió Bruce.

Seguí hablando.

—Estoy intentando ser más agradable. Es mi decisión de Año Nuevo.

—Estamos en febrero —señaló.

—Soy lenta.

—Bien —dijo—, al menos lo intentas.

Sonrió y se alejó.

Pasé el resto de la velada recogiendo información. Había venido con un tío que Brianna conocía de la escuela universitaria de graduados. La buena noticia: era licenciado, lo cual significaba razonablemente inteligente, y judío, como yo. Tenía veintisiete años. Yo, veinticinco. Encajaba.

—Además, es divertido —dijo Brianna, antes de soltar la mala noticia.

Bruce había estado trabajando en su tesis durante tres años, tal vez más, y vivía en el centro de Nueva Jersey, a más de una hora de distancia, era escritor *freelance* y daba clases de vez en cuando a grupos de primero. Subsistía a base de estipendios, una pequeña beca y, sobre todo, el dinero de sus padres.

—Geográficamente indeseable —proclamó Brianna.

—Bonitas manos —repliqué—. Bonitos dientes.

—Es vegetariano —dijo.

Me encogí.

—¿Desde cuándo?

—Desde la universidad.

—Uf. Bien, tal vez pueda pulirlo.

—Es...

Brianna calló.

—¿Ex presidiario? —bromeé—. ¿Adicto a los calmantes?

—Un poco inmaduro —dijo, por fin.

—Es un tío. —Me encogí de hombros—. ¿Es que no lo son todos?

Brianna rió.

—Y es un buen tipo —dijo—. Habla con él. Ya lo verás.

Le observé durante toda la noche, y noté que él me observaba. Pero no dijo nada hasta después de la fiesta, y yo me fui a pie a casa, bastante más que decepcionada. Había pasado un tiempo desde la última vez que había visto a alguien apreciar mi ingenio, y Bruce, alto, de bonitas manos y bonitos dientes, parecía ser una posibilidad, al menos de puertas afuera.

Pero cuando oí pasos detrás de mí, no estaba pensando en él. Estaba pensando en lo que piensan todas las mujeres que viven en una ciudad cuando oyen pasos rápidos que se acercan por detrás, y es pasada la medianoche y te encuentras entre dos farolas de la calle. Eché una veloz mirada a la zona circundante, al tiempo que buscaba el aerosol de defensa personal sujeto a mi llavero. Había una farola en la esquina, un coche aparcado debajo. Planeé que dejaría temporalmente inmóvil con el aerosol al atacante, rompería una ventanilla del coche, con la esperanza de que la alarma se disparara, gritaría como una loca y correría.

—¿Cannie?

Giré en redondo. Y allí estaba él, sonriendo con timidez.

—Hola —dijo, y rió un poco de mi miedo evidente.

Me acompañó a casa. Le di mi número. Me llamó a la noche siguiente, y hablamos durante tres horas, de todo: la universidad, los padres, su tesis, el futuro del periodismo.

—Quiero verte —me dijo a la una de la mañana, cuando yo estaba pensando que, si seguíamos hablando, al día siguiente no serviría de nada en el trabajo.

—Pues quedemos —dije.

—No —dijo Bruce—. Ahora.

Y dos horas más tarde, después de un giro equivocado al salir del puente Ben Franklin, estaba en mi puerta de nuevo: más grande de lo que yo recordaba, con una camisa a cuadros y pantalones de deporte, cargado con un saco de dormir enrollado que olía a campamento de verano y una sonrisa tímida. Y así empezó todo.

Y ahora, más de tres años después de nuestro primer beso, tres meses después de nuestra charla de separación, y cuatro horas después de descubrir que había contado a todo el mundo que lee revistas que yo era una Mujer Rolliza, Bruce me miró en el aparcamiento situado frente a su apartamento, donde había accedido a encontrarse conmigo. Parpadeaba dos veces en cada ocasión, como hacía cuando estaba nervioso. Tenía los brazos llenos de cosas. El plato de plástico azul que yo había dejado en su apartamento para mi perro, *Nifkin*. En un marco de madera rojo, la foto de nosotros tomada en lo alto de un risco de Block Island. Un pendiente en forma de aro que había descansado durante meses sobre su mesita de noche. Tres calcetines, un frasco medio vacío de Chanel. Tampones. Un cepillo de dientes. Tres años de cachivaches, empujados de una patada bajo la cama, extrañados en una grieta del sofá. Era evidente que Bruce consideraba nuestra cita la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: soportar mi ira por la columna de «Bueno en la cama» y devolverme mis cosas. Y fue como un puñetazo en el pecho ver mis objetos amontonados en una caja de cartón de Chivas que debía de haber cogido en la licorería cuando

volvía a casa de trabajar: la prueba palpable de que habíamos terminado para siempre.

—Cannie —dijo con estudiada frialdad, todavía parpadeando de una forma que se me antojó particularmente repulsiva.

—Bruce —dije, con cuidado de impedir que mi voz temblara—. ¿Cómo va esa novela? ¿También seré yo la protagonista?

Enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Refréscame la memoria —dije—. ¿En qué momento de nuestra relación accedí a permitir que airearas a unos cuantos millones de lectores detalles íntimos del tiempo que pasamos juntos?

Bruce se encogió de hombros.

—Ya no mantenemos una relación.

—Estábamos tomándonos un descanso —repliqué.

Bruce me dedicó una sonrisa condescendiente.

—Venga, Cannie. Ambos sabíamos perfectamente lo que significaba eso.

—Yo hablaba en serio —dije, trasasándolo con la mirada—. Por lo visto, sólo lo hacía uno de los dos.

—Como quieras —dijo Bruce, mientras intentaba cargarme con la caja—. No sé por qué estás tan enfadada. No he dicho nada malo. —Enderezó los hombros—. De hecho, pensé que la columna era muy positiva.

En uno de los escasos momentos de mi vida adulta, me quedé sin habla, literalmente.

—¿Estás colocado?

Con Bruce, era algo más que una pregunta retórica.

—Me llamaste gorda en una revista. Me convertiste en un chiste. ¿Aún crees que no hiciste nada malo?

—Desengáñate, Cannie —dijo—. Eres gorda. —Inclinó la cabeza—. Pero eso no significa que no te quisiera.

La caja de tampones rebotó en su frente y se desparramó por el aparcamiento.

—Ah, muy amable —dijo Bruce.

—Eres un completo bastardo. —Me humedecí los labios y respiré hondo. Mis manos temblaban. Había perdido la puntería. La foto rozó su hombro y se hizo añicos en el suelo—. No puedo creer que pensara en serio casarme contigo ni un segundo.

Bruce se encogió de hombros, se agachó, recogió la protección femenina y los fragmentos de madera y cristal, y los dejó caer en la caja. Nuestra foto siguió tirada en el suelo.

—Es lo más mezquino que me han hecho jamás —dije, con la garganta agarrada por las lágrimas—. Quiero que lo sepas.

Pero mientras las palabras surgían de mi boca, comprendí que no era cierto. En el esquema histórico global de las cosas, el que mi padre nos hubiera abandonado era mucho peor. Es una de las muchas cosas que me joden de mi padre: me robó para siempre la posibilidad de decir a otro hombre: «Esto es lo peor que me han hecho jamás», y además en serio.

Bruce volvió a encogerse de hombros.

—Ya no tengo que preocuparme por tus sentimientos. Lo dejaste bien claro. —Se enderezó. Había esperado enfurecerlo, incluso de forma apasionada, pero sólo obtenía esta calma enloquecedora y paternalista—. Fuiste tú la que quiso esto, ¿te acuerdas?

—Quería un descanso. Quería tiempo para pensar las cosas. Tendría que haberte plantado —dije—. Eres... —Me

quedé sin habla otra vez, pensando en lo peor que podía decirle, la palabra que lo haría sentirse siquiera una fracción de lo horrible, furiosa y avergonzada que me sentía yo—. Eres pequeño —dije por fin, inyectando en esa palabra todos los matices detestables que me vinieron a la mente, para que se enterara de que quería decir pequeño de espíritu, y también de todo lo demás.

No dijo nada. Ni siquiera me miró. Dio media vuelta y se fue.

Samantha había mantenido el coche en marcha.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, cuando me acomodé a su lado con la caja apretada contra mi pecho.

Asentí en silencio. Samantha debía de pensar que me comportaba de una manera ridícula, pero en esta situación no esperaba que me compadeciera. Con un metro setenta y cinco, pelo negro como ala de cuervo, piel clara y pómulos altos y esculpidos, Samantha parece una Anjelica Huston en joven. Y es delgada. Sin el menor esfuerzo. Si le dieran a elegir cualquier plato del mundo, probablemente se decantaría por un melocotón perfecto y tostadas integrales. Si no fuera mi mejor amiga, la odiaría, y aunque es mi mejor amiga, a veces cuesta no envidiar a alguien capaz de tomar o dejar la comida, sobre todo porque yo casi siempre la tomo, y luego también la suya, cuando no quiere más. El único problema que le han causado su cara y su figura es un exceso de atención masculina. Nunca podrá comprender lo que es vivir en un cuerpo como el mío.

Me dirigió una mirada fugaz.

—Bien, eeeh, supongo que todo ha terminado entre los dos, ¿verdad?

—Supones bien —contesté. Mi boca sabía a ceniza, mi piel, reflejada en la ventanilla de mi lado, se veía pálida y ce-

rúlea. Eché un vistazo a la caja de cartón, mis pendientes, mis libros, el tubo de lápiz de labios MAC que creía haber perdido para siempre.

—¿Estás bien? —preguntó Samantha con dulzura.

—Estoy bien.

—¿Quieres tomar una copa? ¿Tal vez cenar? ¿Quieres ir al cine?

Aferré la caja con más fuerza y cerré los ojos para no tener que ver dónde estábamos, y seguir el avance del coche por las carreteras que antes me llevaban a él.

—Creo que sólo quiero ir a casa.

Mi contestador automático estaba parpadeando cuando volví a mi apartamento. No le hice caso. Me quité la ropa de trabajo, me puse el peto y una camiseta, y entré descalza en la cocina. Saqué del congelador un bote de limonada congelada Minute Maid. Del estante superior de la despensa rescaté una botella de tequila. Eché el contenido de ambas en la mezcladora, agarré una cuchara, respiré hondo, di un gran trago, me acomodé en mi sofá de algodón azul y me obligué a empezar a leer.

Querer a una mujer rolliza

por Bruce Guberman

Nunca olvidaré el día en que descubrí que mi novia pesaba más que yo.

Mi novia había salido a dar un paseo en bicicleta, y yo estaba en casa viendo un partido de fútbol ameri-

cano, ojeando las revistas que había sobre la mesilla auxiliar, cuando encontré la agenda de los Weight Watchers en que anotaba lo que había comido y cuándo, y lo que pensaba comer después, y si se había bebido sus ocho vasos de agua diarios. Estaba su nombre. Su número de identificación. Y su peso, que no revelaré porque soy un caballero. Baste decir que la cifra me asombró.

Sabía que C. era una chica grande. Más grande que todas las mujeres que había visto en la tele, dando saltitos en traje de baño o deslizándose como cañas a través de comedias, de situaciones o dramas médicos. Más grande que cualquier mujer con la que hubiera salido.

¿Se refiere a las dos?, pensé con desdén.

Nunca me había considerado un adicto a las obesitas, pero cuando conocí a C., me prendé de su ingenio, su risa, sus ojos brillantes. En cuanto a su cuerpo, decidí que podría aprender a vivir con él.

Sus hombros eran tan anchos como los míos, sus manos casi tan grandes, y desde los pechos al estómago, desde las caderas a la pendiente de sus muslos, era toda curvas y cálida bienvenida. Abrazarla era como estar en el paraíso. Como volver a casa.

Pero no resultaba tan cómodo salir con ella. Tal vez era por la forma en que yo había asimilado las expectativas sociales, los dictados acerca de los deseos de los hombres y la apariencia de las mujeres. Lo más probable era que se debiera a su carácter. C. era un soldado

entregado a las guerras del cuerpo. Con un metro setenta y ocho, la constitución de un defensa de fútbol americano y un peso ideal para formar parte de un equipo profesional, C. no podía hacerse invisible.

Pero sé que si hubiera sido posible, si toda su indolencia, pereza y pichis deformes la hubieran podido borrar del mundo físico, se habría marchado al instante. No obtenía placer de las cosas que a mí me gustaban, ni tampoco de su tamaño, su amplitud, su peso suculento y jugoso.

Aunque le repetí infinidad de veces que era hermosa, sé que nunca me creyó. Aunque le repetí infinidad de veces que daba igual, sé que a ella no. Yo sólo era una voz, y la voz del mundo era más fuerte. Podía sentir su vergüenza como algo palpable, que caminaba a nuestro lado en la calle, se acuclillaba entre nosotros en un cine, se enrollaba y esperaba a que alguien le dijera la palabra más sucia del mundo: *gorda*.

Y sé que no era paranoia. No paras de escuchar que la gordura es el último prejuicio aceptable, que los gordos son los únicos blancos posibles de nuestro mundo políticamente correcto. Sal con una mujer de talla XL y descubrirás si es cierto o no. Verás la forma en que la gente la mira, y te mira a ti por estar con ella. Intentarás comprarle ropa interior para el día de San Valentín, y te darás cuenta de que las tallas se acaban donde ella empieza. Cada vez que salgas a comer la verás agonizar, sopesar lo que desea contra lo que se permitirá, lo que se permitirá contra lo que verán que come en público.

Y lo que se permitirá pedir.

Recuerdo cuando salió a la luz la historia de Monica Lewinsky, y C., reportera de un periódico, escribió una apasionada defensa de la becaria de la Casa Blanca, que había sido traicionada por Linda Tripp en Washington, y todavía más traicionada por sus amigas de Beverly Hills, que estaban muy ocupadas vendiendo sus recuerdos de Monica de la época del instituto a *Inside Edition* y *People*. Después de que su artículo se imprimiera, C. recibió montones de correo del odio, incluyendo la carta de un tío que empezaba: «A juzgar por lo que escribes, deduzco que eres gorda y nadie te quiere». Y fue esa carta (esa palabra) lo que más la molestó de todos los improperios. Parecía que si lo de «gorda» era cierto, lo de «nadie te quiere» también tenía que serlo. Como si ser del tipo lewinskyana fuera peor que ser un traidor, o un idiota. Como si ser gorda fuera un crimen. Amar a una mujer rolliza es un acto de valentía en este mundo, y tal vez un acto inútil. Porque, al amar a C., yo sabía que estaba amando a alguien que se consideraba indigna de ser amada por nadie.

Y ahora que todo ha terminado, no sé hacia dónde dirigir mi ira y mi dolor. Hacia un mundo que la rebeló contra su cuerpo (no, contra sí misma) y contra la posibilidad de ser deseada. Hacia C., por no ser lo bastante fuerte para superar lo que el mundo le decía. O hacia mí, por no querer lo bastante a C. y animarla a creer en sí misma.

Lloré mientras me leía toda la parte de Bodas de Celebridades, me desplomé en el suelo delante del sofá, mientras las

lágrimas resbalaban sobre mi barbilla, empapaban mi camisa y una supermodelo anoréxica tras otra decían «Sí, quiero». Lloré por Bruce, que me había comprendido más de lo que yo había sospechado, y tal vez amado más de lo que me merecía. Podría haber sido todo cuanto yo deseaba, todo cuanto yo esperaba. Podría haber sido mi marido. Y yo lo había plantado.

Y lo había perdido para siempre. A él y a su familia, una de las cosas que más me habían gustado de Bruce. Sus padres eran lo que June y Ward habrían sido, si fueran judíos y hubieran vivido en Nueva Jersey en los noventa. Su padre, que siempre llevaba barba de tres días y que tenía los ojos tan dulces como los de Bruce, era dermatólogo. Bruce adoraba a su familia. No sé expresarlo de otra manera, ni plasmar mi estupefacción. Teniendo en cuenta la experiencia con mi padre, observar a Bernard Guberman era como ver a un marciano. *¡Está a gusto con su hijo!* Me quedaba patidifusa. *¡Desea estar con él!* *¡Recuerda cosas de la vida de Bruce!* El que diera la impresión de que yo le caía bien a Bernard Guberman tal vez estaba menos relacionado con sus sentimientos hacia mi persona que con el hecho de que yo fuera: a) judía, y por lo tanto una candidata al matrimonio en potencia; b) una profesional bien pagada, y no una explotadora de hombres; y c) una fuente de felicidad para su hijo. A mí me daba igual el motivo de que fuera tan amable conmigo. Me refocilaba en su amabilidad siempre que podía.

La madre de Bruce, Audrey, me había resultado algo intimidante, con las uñas muy cuidadas y pintadas del tono que vería en *Vogue* el mes siguiente, el pelo peinado a la perfección, y una casa repleta de objetos de cristal, alfombras

blancas de pared a pared, y siete cuartos de baño, todos inmaculadamente limpios. La Siempre Elegante Audrey, decía a mis amigos. Pero en cuanto superabas lo de la manicura, Audrey también era un encanto. Había estudiado magisterio, pero cuando la conocí, Audrey ya había dejado atrás sus días de ganarse un sueldo, y ejercía las veinticuatro horas de esposa, madre y voluntaria, la sempiterna mami de la Asociación de Padres y Maestros, líder del Club Scout y presidenta del Hadassah, la organización sionista femenina, alguien con quien siempre se podría contar para organizar la campaña de recogida de alimentos anual de la sinagoga o el baile de invierno de la Hermandad.

La parte negativa de estos padres, pensaba yo, era que mataban tu ambición. Con mis padres divorciados y las deudas de la universidad, siempre me esforzaba por ascender el siguiente escalón, el siguiente trabajo, el siguiente encargo como *freelance*. Más dinero, más reconocimiento, más fama, suponiendo que pudieras ser famosa cuando tu trabajo consistía en escribir la historia de los demás. Cuando empecé en un pequeño periódico, en el culo del mundo, cubriendo accidentes de coche y reuniones de la junta de aguas fecales, estaba desesperada por conseguir algo más importante, y cuando por fin conseguí algo más importante, no habían pasado ni dos semanas cuando ya estaba pensando en cómo seguir escalando.

Bruce se había contentado con pasar con más pena que gloria por la escuela de graduados, aceptar un trabajo de enseñante aquí, un encargo de escritor *freelance* allí, ganando la mitad que yo, permitiendo que sus padres pagaran el seguro del coche (además del coche, por supuesto), y le «ayudaran» con su alquiler, y patrocinaran su estilo de vida con

cien machacantes cada vez que iba a verlos, además de generosos cheques por su cumpleaños, por alguna festividad judía, y a veces por el morro. «Relájate —me decía, cuando me levantaba temprano para trabajar en un artículo breve, o iba a la oficina un sábado para enviar cartas solicitando un empleo a directores de revistas de Nueva York—. Te conviene disfrutar más de la vida, Cannie.»

A veces pensaba que le gustaba imaginarse como el protagonista de alguna de las primeras canciones de Springsteen, un romántico joven de diecinueve años, furioso y apasionado, encolerizado con el mundo y con su padre en particular, en busca de una chica que le salvara. El problema era que los padres de Bruce no le habían dado ningún motivo para rebelarse: nada de trabajos embrutecedores en una fábrica, ningún patriarca severo y autoritario, y nada de pobreza, desde luego. Además, una canción de Springsteen duraba sólo tres minutos, incluyendo el estribillo, el tema y el estrepitoso clímax guitarrero final, y nunca mencionaba los platos sucios, la colada sin lavar y la cama deshecha, los mil actos ínfimos de consideración y buena voluntad necesarios para mantener una relación. Mi Bruce prefería derivar por la vida, demorarse en el periódico del domingo, fumar hierba de la mejor calidad, soñar con periódicos y encargos mejores, sin hacer gran cosa por conseguirlos. En una ocasión, al principio de nuestra relación, había enviado sus recortes al *Examiner*, y recibido una postal con el conciso mensaje «envíenos otra prueba dentro de cinco años» a modo de respuesta. Metió la carta en una caja de zapatos y nunca más volvimos a hablar del asunto.

Pero era feliz. «La cabeza está vacía, pero me da igual», me cantaba, citando a los Grateful Dead, y yo forzaba una

sonrisa, y pensaba que mi cabeza nunca estaba vacía, y que si alguna vez llegaba a estarlo, no me daría igual.

¿Y qué me había reportado tanta actividad?, medité, mientras bebía directamente del vaso mezclador. Qué más daba. Él ya no me quería.

Desperté después de medianoche en el sofá. Sentí golpes en mi cabeza. Entonces me di cuenta de que alguien daba golpes en la puerta.

—¿Cannie?

Me incorporé, y tardé un momento en localizar mis manos y pies.

—Cannie, abre la puerta ahora mismo. Estoy preocupada por ti.

Mi madre. Dios mío, no, por favor.

—¡Cannie!

Me aovillé en el sofá, recordé que me había llamado por la mañana, hacía un millón de años, para decirme que estaría en la ciudad por la noche para ir al Bingo Gay, y que Tanya y ella pasarían a verme cuando terminaran. Me puse en pie, apagué la lámpara halógena con el mayor sigilo posible, si bien no lo hice con mucho sigilo, considerando que logré tirar al suelo la lámpara. *Nifkin* aulló, saltó sobre la butaca y me miró con aire de reproche. Mi madre empezó a aporrear la puerta de nuevo.

—¡Cannie!

—Vete —grité con voz débil—. Estoy... desnuda.

—¡Ni hablar! Llevas puesto el pichi, estás bebiendo tequila y estás viendo *Sonrisas y lágrimas*.

Todo era cierto. ¿Qué puedo decir? Me gustan los musicales. Sobre todo *Sonrisas y lágrimas*, en especial la escena en que Maria acoge a los huérfanos Von Trapp en su cama

durante la tormenta y canta *My Favorite Things*. Resultaba tan cuco, tan reconfortante, como había sido mi familia, por un momento, mucho tiempo atrás.

Oí que consultaban entre murmullos al otro lado de la puerta. La voz de mi madre, y luego otra, un registro más grave, como humo de Marlboro filtrado a través de grava. Tanya. La del cabestrillo y la pata de cangrejo.

—¡Abre, Cannie!

Me arrastré hasta el cuarto de baño, donde abrí la luz y me miré, analicé la situación, mi apariencia. La cara surcada de lágrimas, estupendo. El pelo, castaño claro con mechas rojizas, cortado muy corto y recogido detrás de las orejas, también presentes. Mejillas llenas, redondas, hombros caídos, pechos generosos, dedos regordetes, caderas fuertes, culo grande, muslos de músculos sólidos debajo de la capa temblorosa de grasa. Mis ojos parecían especialmente pequeños, como si intentaran esconderse en la piel de mi cara, y tenían un aspecto ávido, hambriento y desesperado. Los ojos del mismo color del mar en el puerto de Menemsha de Martha's Vineyard, un bonito verde uva. Mi mejor rasgo, pensé con pesar. Bonitos ojos verdes y una sonrisa irónica, torcida. «Qué cara tan bonita», decía mi abuela, al tiempo que cogía mi barbilla en la mano, y después meneaba la cabeza, sin molestarse en añadir el resto.

Y aquí estoy. Veintiocho años, con los treinta acechando en el horizonte. Borracha. Gorda. Sola. Sin amor. Y lo peor de todo, un tópico, como Ally McBeal y Bridget Jones combinadas, y eso debía de ser lo que pesaba, más dos decididas lesbianas aporreando mi puerta. Lo mejor que podía hacer, decidí, era encerrarme en la alacena y fingir que estaba muerta.

—Tengo una llave —amenazó mi madre.

Alejé el vaso de tequila de *Nifkin*.

—Espera —grité.

Recogí la lámpara y abrí la puerta unos centímetros.

Mi madre y Tanya me miraron, con sudaderas de capucha L. L. Bean y expresión preocupada idénticas.

—Escucha —dije—, estoy bien. Lo único que pasa es que tengo sueño, así que me voy a dormir. Ya hablaremos de esto mañana.

—Hemos visto el artículo de *Moxie* —dijo mi madre—. Lucy lo trajo.

Gracias, Lucy, pensé.

—Estoy bien —repetí—. Bien, bien, bien, bien.

Mi madre, que aferraba su cartulina del bingo, me miró con escepticismo. Tanya, como de costumbre, tenía aspecto de desear un cigarrillo, una copa, y que ni yo ni mis hermanos hubiéramos nacido jamás, para poseer por completo a mi madre y poder mudarse ambas a una comuna de Northampton.

—¿Me llamarás mañana? —preguntó mi madre.

—Llamaré —prometí, y cerré la puerta.

Mi cama parecía un oasis en el desierto, como un banco de arena en el mar tormentoso. Me arrojé sobre ella, de espaldas, abierta de brazos y piernas, como una estrella de mar obesa clavada en la colcha. Me gustaba mi cama, la bonita colcha azul claro, las sábanas rosa pálido, la pila de almohadas, cada una con su funda de tonos alegres, una púrpura, una naranja, una amarilla y una crema. Me gustaba la funda con volantes de Laura Ashley y la manta de lana roja que tenía desde niña. La cama, pensé, era lo único que no me esta-

ba fallando en este momento, cuando *Nifkin* saltó a mi lado, y miré el techo, que daba vueltas de una forma muy alarmante.

Ojalá no le hubiera dicho nunca a Bruce que deseaba un tiempo para pensar en lo nuestro. Ojalá no lo hubiera conocido nunca. Ojalá me hubiera puesto a correr aquella noche, sin mirar atrás en ningún momento.

Ojalá no fuera reportera. Ojalá mi trabajo consistiera en hornear bollos en una pastelería, donde sólo tendría que cascar huevos, calcular la cantidad de harina y dar el cambio, y nadie me chulearía, y ser gorda sería de lo más normal. Cada michelín y pliegue de celulitis documentaría la excelencia de mis productos.

Ojalá pudiera cambiarme por el hombre anuncio de SUSHI FRESCO, que se paseaba arriba y abajo de Pine Street a la hora de comer, entregando cupones de sushi para «World of Wabasi». Ojalá pudiera ser anónima e invisible. O estar muerta, tal vez.

Me imaginé en la bañera, pegando una nota con cinta adhesiva en el espejo y abriéndome las venas. Después, imaginé a *Nifkin*, que lloriqueaba con aspecto perplejo, rascaba con las uñas el borde de la bañera y se preguntaba por qué no me levantaba. Y también imaginé a mi madre cuando revisaba mis cosas y descubría aquel ejemplar sobado de *Best of Penthouse Letters* en el cajón superior de mi tocador, además de las esposas rosa forradas de piel que Bruce me había regalado un día de San Valentín. Por fin, imaginé a los paramédicos cuando intentaban bajar mi cuerpo muerto y mojado por la escalera. «Ésta sí que es gorda», decía uno.

De acuerdo. Suicidio descartado, pensé, mientras rodaba sobre la colcha y acomodaba las almohadas naranja bajo mi

cabeza. La idea de la tienda de bollos, o de la mujer anuncio, eran tentadoras, pero improbables. No veía cómo colarla en la revista de los alumnos. Los graduados de Princeton que rebajaban sus aspiraciones solían ser los propietarios de tiendas de bollos, que transformaban a su vez en una cadena de tiendas de bollos, que luego salían a Bolsa y ganaban millones. Pero las tiendas de bollos eran sólo una diversión que duraba unos años, algo para entretenerse mientras criaban a sus hijos, que luego aparecerían invariablemente en la revista de los alumnos vestidos con los uniformes negro y naranja, y «¡Curso 2012!» escrito en sus precoces pechos.

Lo que yo deseaba, pensé, mientras apretaba la almohada contra la cara, era volver a ser una niña. Estar en la cama de la casa donde había crecido, abrigada bajo la colcha marrón y rojo, leyendo aunque ya era tarde, oír abrirse la puerta y a mi padre entrar, sentir que me observaba en silencio, sentir el peso de su orgullo y su amor como algo tangible, como agua caliente. Deseaba que apoyara la mano sobre mi cabeza como entonces, oír la sonrisa de su voz cuando decía: «¿Todavía leyendo, Cannie?» Ser pequeña, y querida. Y delgada. Eso era lo que deseaba.

Rodé sobre la cama, tanteé en mi mesita de noche, agarré pluma y papel. «Perder peso», escribí, luego paré y pensé. «Encontrar novio nuevo», añadí. «Vender guión. Comprar casa grande con jardín y patio vallado.» «Encontrar novia más presentable para mi madre.» Entre el momento de escribir «Hacerme un peinado elegante», y pensar «Hacérselo pagar a Bruce», me quedé dormida.

Bueno en la cama. ¡Ja! Vaya morro, firmar una columna sobre experiencia sexual, teniendo en cuenta la poca gente con la que había estado, y lo poco que sabía antes de conocerme.

Yo me había acostado con cuatro personas (tres novios duraderos y un polvo loco imprudente en el primer año de carrera) cuando Bruce y yo ligamos, y había follado con otra media docena. Tal vez era una chica rolliza, pero leía *Cosmopolitan* desde los trece años y me las sabía componer en los diversos apartados. Al menos, nunca he tenido quejas.

Yo tenía experiencia. Y Bruce..., no. Había sufrido varios rechazos despiadados en el instituto, cuando tenía una piel fatal y aún no había descubierto que un poco de hierba y una coleta eran susceptibles de atraer a cierto tipo de chicas.

Cuando apareció aquella primera noche, con el saco de dormir y la camisa a cuadros, no era virgen, pero nunca había vivido una relación de verdad, y nunca había estado enamorado. Por lo tanto, estaba buscando a la dama de sus sueños, y yo, aunque no desdeñaba la posibilidad de conocer al hombre perfecto, estaba buscando sobre todo..., bien, llámemoslo afecto, atención. En realidad, llámemoslo sexo.

Empezamos en el sofá, sentados uno al lado del otro. Cogí su mano. Estaba fría como el hielo y pegajosa. Y cuando le pasé el brazo sobre el hombro como si tal cosa, y luego apreté mi muslo contra el de él, sentí que temblaba. Lo cual me conmovió. Quería ser dulce con él. Quería ser amable. Cogí sus dos manos en la mía y le levanté del sofá.

—Vamos a tumbarnos —dije.

Fuimos a mi cuarto cogidos de la mano, y se tendió de espaldas en mi futón, con los ojos abiertos de par en par, que brillaban en la oscuridad, con el aspecto de un hombre en la silla del dentista. Me apoyé sobre el codo y dejé que las puntas de mi pelo rozaran su mejilla. Cuando besé el costado de su cuello lanzó una exclamación ahogada, como si le hubie-

ra quemado, y cuando introduje una mano dentro de su camisa y tiré con suavidad del vello de su pecho, suspiró «Ay, *Cannie*», con la voz más tierna que yo había oído.

Pero sus besos eran horribles, cosas babosas, con una lengua como una cachiporra y unos labios que parecieron derrumbarse cuando se encontraron con los míos, de modo que tuve que elegir entre los dientes y el bigote. Sus manos eran rígidas y torpes.

—Estáte quieto —susurré.

—Lo siento mucho —susurró a su vez, abatido—. Soy un desastre, ¿verdad?

—Ssssh —jadeé, mis labios contra su cuello una vez más, la piel suave justo donde terminaba su barba. Deslicé una mano sobre su pecho y la posé sobre su entrepierna. Nada. Apreté mis pechos contra su costado, le besé la frente, los párpados, la punta de la nariz, y probé otra vez. Nada de nada. Bien, esto era curioso. Decidí enseñarle un truco, enseñarle a hacerme feliz tanto si se le ponía tiesa como si no. Me conmovía profundamente este tipo de un metro ochenta y tres, con coleta y una expresión como si fuera a electrocutarle en lugar de... esto. Rodeé una de sus piernas con las mías, tomé su mano y la metí dentro de mis bragas. Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió al notar lo mojada que estaba. Puse sus dedos donde los necesitaba, con mi mano sobre la de él, apreté sus dedos contra mí, le enseñé lo que debía hacer y me moví contra él, dejé que notara mi sudor, respiré con fuerza y gemí cuando me corrí. Y después apreté mi cara contra su cuello otra vez y acerqué mis labios a su oído.

—Gracias —susurré. Noté un sabor salado. ¿Sudor? ¿Tal vez lágrimas? Pero estábamos a oscuras, y no miré.

Nos quedamos dormidos en esa postura: yo, con sólo una camiseta y bragas, arrollada en torno a él. Bruce, con la camisa desabotonada hasta la mitad, todavía en calzoncillos, pantalón de chándal y calcetines. Y cuando la luz se filtró por las ventanas, cuando abrimos los ojos y nos miramos, fue como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Como si nunca hubiéramos sido extraños.

—Buenos días —susurré.

—Eres hermosa —dijo.

Decidí que podría acostumbrarme a oír eso por las mañanas. Bruce decidió que estaba enamorado. Estuvimos juntos los tres años siguientes, y aprendimos cosas mutuamente. Al final, me contó toda la historia, lo de su experiencia limitada, lo de que siempre estaba borracho o colocado, y siempre había sido muy tímido, lo de que le habían dado calabazas a granel en su primer año de carrera, lo cual le había decidido a ser paciente.

—Sabía que algún día conocería a la chica adecuada —dijo, sonriente, mientras me acunaba en sus brazos. Lo descubrimos: las cosas que le gustaban, las cosas que me gustaban, las cosas que nos gustaban a los dos. Algunas eran normales. Otras eran lo bastante guarras para escandalizar incluso a *Moxie*, que publicaba regularmente artículos sobre «¡nuevos y tórridos secretos sexuales!»

Pero lo que me reconcomía, lo que más me cabreaba mientras daba vueltas en la cama, con la boca algodonosa por cortesía del tequila, era el título de la columna. «Bueno en la cama.» Era mentira. No se trataba de que hubiera sido una especie de sabio sexual, un prodigio bajo las sábanas... Era que nos habíamos querido. Habíamos sido buenos en la cama juntos.